

Historia de vida, dolor y alegría

Pequeñas luces adornaban la oscura habitación aquí y allá. Una respiración suave rompía con timidez un silencio que, por otro lado, lo inundaba todo, se impregnaba a todo como la grasa. En el mobiliario, en las paredes e incluso en el aire de mis pulmones advertía el pesado silencio sepulcral. Me imaginé desde fuera: una figura estática, recta en el sillón de la esquina. Si algún enfermero hubiese entrado a la habitación sólo habría distinguido mis ojos al acecho, guardándote desde la penumbra. Contemplé tu cuerpo inerte frente a mí, tu rostro pálido y las vías en el brazo que te sujetaban a la vida.

"Yo te amé desde el primer día. Te supe en mí, y te amé. Tu padre no, ése no ama. Sólo quiere en el mejor de los casos; se compadece, en el peor. Pero yo sí. Aquí dentro, en el pecho, como un bulto o una contracción prolongada. Yo te supe y te amé. Sin más. No necesité conocerte. El **amor** es un cuchillo que se te clava en las carnes. Te duele si piensas en él demasiado, pero pasa a formar parte de ti de una forma física, visceral, y no es posible arrancarlo sin asestarte a ti misma la herida fatal, la que te matará por dentro. Yo prefiero morir en cuerpo antes que en alma. La piel se arruga, la expresión envejece, el recipiente se marchita. Pero el alma no. El alma perdura, crece siempre vigorosa si la riega el amor. Yo te amé siempre, y por eso sufro ahora más que si me atravesasen el corazón con un filo".

Detuve mi monólogo interior. En mi cansancio de días en vela y noches sin dormir vi las siluetas del pequeño habitáculo moverse, jugar entre sí; se entretejían como el esparto, creando formas en el aire. Me vino el olor del pueblo y allí, en aquella maldita habitación aséptica, cerré los ojos y viajé hasta casa. Recordé cada rincón de la hacienda, los pertrechos en el corral, los ladridos del viejo Cobi anunciando la llegada de un visitante inesperado, las largas tardes de agujas, lana y telenovela. Y la voz grave de mamá, que se mecía junto a la lumbre, cada día, a cada hora: "yo a ése no lo veo para ti. Por el camino malo va a llevarte". A los mayores les falta ilusión y les sobra experiencia, a los jóvenes les falta juicio y les sobran ganas. Y nunca llegamos a equilibrar la balanza. La vida nos empuja al abismo sin medias tintas. Un día tenemos un futuro y al siguiente arrastramos un pasado. Así fue conmigo.

"¿Ése? Ése lo mejor que hizo nunca fue abandonarnos. Yo lloré la primera vez que te sostuve en mis brazos. Por el amor que había gestado en mi pecho y en mi vientre durante nueve meses, ya sabes. Ése no. Tu padre te cogió, te observó, dibujó media sonrisa en su cara y al poco te devolvió a la enfermera. No ama, ése. Sólo quiere en el mejor de los casos, o se compadece de una, en el peor. Cuanto más crecías, menos te apreciaba, cuantos más pasos dabas con tus piernecitas, menos caso te hacía. Tu abuela siempre pensó lo contrario, pero nunca me pegó. No. Y que se hubiese atrevido a levantarme la mano, ése. Pero su indiferencia me dolía más que cualquier golpe. La carne muere, el alma vive. Ése lo mejor que hizo nunca fue irse bien lejos. Me repito, perdona, no son horas, no tengo la mente despejada. Voy a buscar un café. Me hará bien".

Al levantarme del asiento trastabillé, me aferré al reposabrazos, me sentí desfallecer. "No eres tan fuerte como crees, chiquilla. Pero has llegado hasta aquí. Un poquito más, nena". Al salir cerré con mucho cuidado la puerta tras de mí para no molestar al silencio que se arrastraba por los rincones.

El aroma del café se abalanzó sobre el lugar, cargándolo de un aura dulzona y acogedora. Degusté el mejunje insípido que, sin embargo, en mi lengua se antojaba reconfortante, un abrazo en la noche lluviosa. Me recliné de nuevo en el asiento, todavía caliente, y me mantuve inmóvil varios segundos, expectante. La cafeína inundó mis arterias y me sentí rejuvenecer. Recobrada la fuerza, supe que podía cargar de nuevo con el peso del mundo sobre mis hombros.

"Creciste. Vaya si creciste. Con aquellos grandes ojos marrones y tu pelo revuelto, cómo me gustaba verte jugar en el patio, perseguir a los pájaros, lanzar piedras a los charcos. Fuimos felices. Yo era feliz porque sabía que tú lo eras. Venía Pablo a casa a jugar y correteábais por entre los árboles, intercambiábais chapas, reíais a carcajadas y vuestros gritos llenaban de alegría aquel páramo que antes de ti había sido tan lóbrego y distante, sólo entonces me di cuenta. En esos días conocí la **esperanza**. Creía que la tenía, que la había atesorado conmigo a lo largo de mi vida, pero no era así. Tenía expectativas, sueños abstractos, conciencia de un futuro más o menos cierto, más o menos halagüeño. Pero no tenía esperanza. Ésta llegó contigo".

Escuchaba tu respiración distante, tan relajada y menuda que parecía de cristal, una porcelana valiosa y escasa que amenazaba con romperse al más mínimo susurro, con el ruido más tenue. No me atrevía a emitir sonido alguno por miedo a perder aquello que durante tantos años había disfrutado y que sólo ahora, en los peores días, comprendía en su totalidad, en su magnífico esplendor. Continué hablándote para mis adentros.

"La esperanza no es un cuchillo. Un cuchillo es firme, frío, inquebrantable. No. La esperanza es un susurro, el vaho sobre el espejo que desaparece en segundos sin dejar rastro. Es como una mirada furtiva, como una estrella fugaz. Como la vida misma, que cuando se apaga sólo quienes de verdad la vivieron, quienes fueron conscientes de ella con plenitud, podrán asegurar que estuvo ahí. Que oyeron algo, que el vidrio se empañó, que se cruzaron los ojos, que el cielo se iluminó. La esperanza es un atisbo de verdad, de futuro. Una certeza impetuosa como un río, efímera como el relámpago, inabarcable como un océano. Palpable. Y personal. Los demás la negarán siempre. No se escuchó nada, el cristal está intacto. No vi a nadie, sólo hay nubes en el cielo. Pero en quien la ha sentido no cabe la duda. La esperanza es el todo llenando la nada".

"A mí eso me sucedía cada vez que te miraba a los ojos. Tus ojos grandes, tan marrones, fijos en los míos, y entonces el universo entero cobraba sentido, todo encajaba en su lugar y sabía que estaba donde debía, que todo ocurre por una razón, y que mi razón eras tú. No cultivo odios ni rencores desde que nuestras miradas se cruzaron por vez primera. Si tu padre me enseñó a olvidar, tú me mostraste todo lo demás. Yo de la vida no sabía nada, no comprendía nada, hasta que tú me enseñaste. Años más tarde me dieron aquel puesto en la zapatería y tuvimos que mudarnos a la ciudad. Ahí todo cambió. Nuevos lugares, nuevos amigos. Nuevas experiencias para ambos. Incluso entonces me enseñaste a desprenderme, a dejar ir. Me mostraste que aquello que se amarra no perdura, y que el amor, y que la esperanza, consisten también en aceptar los recovecos amargos de la vida, en extraer el cuchillo aunque duela, en acallar el susurro aunque mate".

Desde el fondo del vaso vacío se burlaban de mí los posos, formaban una figura incongruente y goyesca. Las diminutas luces de la habitación parpadeaban unas, titilaban otras. Y en un rincón, mi silueta temblorosa estrujaba el recipiente de cartón con olor a café. Clavaba las uñas en el material mientras me compadecía; una mujer al borde del llanto, una sombra en un cuarto oscuro, en un hospital oscuro, en un mundo oscuro.

"Yo te voy a amar siempre, cariño. Aunque me duela. Porque el dolor, cuando se comprende y se acepta, es parte de la vida. No querría una existencia sin dolor si, a cambio, no te hubiese tenido a ti. El amor, como un cuchillo, guarda en sus filos la muerte y la vida. Aquel que no llora a sus seres queridos, que no sienta miedo de la muerte, que no acepte este dolor y este miedo como parte intrínseca del ser humano, no vive. Respira, camina, sí, pero no vive".

"Tú eres mi esperanza. Desde tu primer suspiro a mi último. La razón de mi existencia, la verdad única, la flor entre la maleza que anuncia la primavera que está por llegar, y todas las

demás primaveras que vendrán después. Soy afortunada. He conocido la esperanza verdadera, el amor verdadero, te he conocido a ti. Me has cambiado a mejor. Yo respiraba y caminaba antes de conocerte, pero tú me diste la vida. Y por ti la viviré con plenitud, llevándote siempre en mi pecho como te he llevado hasta ahora. Gracias".

Mientras mis ojos se cerraban y una lágrima solitaria descendía por mi mejilla pensé que amor y esperanza eran, a fin de cuentas, una misma cosa indisoluble.

El primer rayo de sol fue el último. No me despertaron las enfermeras atareadas, ni el rumor de actividad que provenía de la puerta abierta. Ni siquiera las luces del alba que ya atravesaban la ventana y llenaban la estancia de incipiente calidez. No. Me despertó un súbito golpe en el pecho, un espasmo, una contracción dolorosa en mis entrañas. Ya está. Ha ocurrido.

Alcé la cabeza. Tres figuras inclinadas sobre la cama. Dos más se movían nerviosas de aquí para allá, hablaban en susurros con los entrecejos fruncidos. Cuando me levanté rehuyeron mi mirada. Salí al pasillo. El hospital reanudaba su actividad. Batas que iban y venían arrastrando malos augurios y bandejas con comida y medicamentos, limpiadoras que se afanaban en fregar un suelo ya impoluto, sonidos de charlas y televisores provenientes de las habitaciones contiguas. Más allá de la ventana del tercer piso la ciudad bostezaba, los coches se increpaban unos a otros con pitidos, las nubes cruzaban raudas sobre el horizonte. Un día más en el mundo, por desconcertante que me pareciese.

Escuché pasos a mi espalda. Una mujer de mediana edad, baja estatura, ojos apagados, el pelo recogido en un coleta. Dudó al principio, pero se armó de valor.

—Lo sentimos mucho, señora... Me apena tener que darle esta noticia. Hemos hecho todo lo que ha estado en nuestra mano, pero...

Mi abrazo interrumpió el final de la frase. Debió entenderlo como un gesto de agradecimiento por su labor, o quizá como una reacción abrupta a la **emoción** que me embargaba. Y tendría razón en ambos casos. Pero, además, no quería escucharlo. Debía ganarle al destino ese pequeño gesto, esa victoria absurda. Me separé de su rostro desconcertado. Se recompuso para decirme con voz suave:

—Podemos dejarla un momento a solas, para que se despidan.

—No, gracias. Ya me he despedido.

Atravesé el pasillo, bajé en ascensor, salí al exterior. El rocío cubría las plantas, dando al entorno una apariencia brillante y ligera de mundo recién nacido. Me senté en los escalones de acceso al edificio. Me temblaban las manos.

"Ya no estás. Gracias, gracias, gracias. Gracias por todo lo que me has dado, por todo lo que has sido. Te he hecho una promesa. Y la cumpliré. Hoy comienzo una nueva vida, sin ti pero contigo muy adentro. Con mucho dolor, sí, pero también con alegría porque fuiste feliz y porque mi amor y mi esperanza no se han extinguido junto contigo, sino que tu felicidad en vida les inspiran nuevas fuerzas, y me ayudarán a seguir adelante. Y cuando me llegue a mí la hora, te diré: yo te he amado desde tu primer día y hasta mi último".

Francisco Reina Milán

Ganador del I Certamen de Relatos Cortos 'Historias de Vida' de AYAC